

Un Cuentista en Francia

El cuento ganador llegó desde Europa, vía aérea y sin escalas; a diferencia de su autor, a quien Air Madrid dejó varado con las ganas de llegar a la premiación.

El Cuento de las 1,000 Palabras

No, no era cuento. Los resultados del Cuento de las Mil Palabras pueden tardar, pero llegan. Y este año, un año particularmente movido con dos elecciones y un Mundial de Fútbol de por medio, los premios se los llevaron finalmente tres historias dominadas por la nostalgia, la locura y la agresión. El jurado estuvo integrado por Constantino Carvallo, Rocío Silva Santisteban, Mirko Lauer, Jorge Eduardo Benavides, Jaime Bedoya y, en un inicio, Mario Montalbetti, quien declinó su participación a manera de protesta por un artículo publicado en CARETAS 1948 respecto de la visita de Noam Chomsky. Y ahora, a lo bueno. Aquí los ganadores.



El jurado en intensa degustación de cuentos participantes.

Primer Premio

En Toulouse. Miguel Ángel Torres Vitolas, 29 años y ganador de la presente edición del concurso, escribió la historia de un compatriota que, como él, cambió el cielo peruano por el francés.



EL arte de Miguel Ángel no solo se encuentra en el Vaticano, sino también en Toulouse, Francia, porque es allí donde reside Miguel Ángel Torres Vitolas, un joven de origen cusqueño con nostalgia por Puno. “Uro en París”, la historia ganadora de este año, nació como un proyecto cinematográfico por el que esperó recibir “algunos centavos”, pero que

finalmente terminó en un cuento que le ha deparado mucho más que eso: los dos mil dólares del primer premio del Cuento de las Mil Palabras.

Bajo el seudónimo de Maigret (el legendario detective francés creado por la pluma del belga Georges Simenon), el joven Miguel Ángel construyó un relato en el que dos peruanos se encuentran en la luminosa París para recordar una Lima sombría.

Con un doctorado en semiótica audiovisual por la universidad de Toulouse en camino, Miguel Ángel ya había tentado a la suerte el 2004 en este concurso convocado por CARETAS, obteniendo una mención honrosa y tratando de despistarnos con el cuento titulado “Una última

Cappello no juega fútbol desde hace años, pero eso no le impidió construir la historia épica de una pichanga.

PARTIDO A MUERTE

Giancarlo Cappello no juega fútbol desde hace más de dos años, cuando participaba de los campeonatos de la universidad con su equipo FFC (Fumadores Fútbol Club), pero eso no le impidió escribir la historia épica de una pichanga. Con un seudónimo (Odiseo) que le hace juego al protagonista de su historia,

Giancarlo recordó al “loquito” de su barrio que les ganaba a todos en fútbol, y a quien decidió darle nueva vida en su cuento “Mala Pata”. La historia, que se alzó con el segundo puesto del concurso, cuenta la tragedia de un vagabundo que suele meterse en peleas callejeras y, malherido con un tajo en el vientre, decide participar de un último partido de fútbol para honrar a su primo el comisario. “Es una historia acerca del honor y la libertad”, explica el autor.

Con estudios en la Escuela de Cine de San Antonio de los Baños, Cuba, Giancarlo ya tiene una tradición de victorias en los concursos convocados por CARETAS. La primera vez que participó, y de paso



FOTO: VÍCTOR CH. VARGAS

De cabecita. El ganador del segundo premio, Giancarlo Cappello, 30 años, improvisa pichanga con “Chumpi” en el Restaurante Estadio.

El cuento ganador nació como proyecto cinematográfico por el que el autor pensaba recibir “algunos centavos”.

vez”. Felizmente, este lingüista afincado desde hace tres años en la antigua capital del reino visigodo se animó a probar suerte nuevamente y esta vez se hizo acreedor al primer puesto.

¿Qué se viene en la historia personal de Miguel Ángel? Por el momento se encuentra realizando la posproducción de un par de proyectos audiovisuales y programando la publicación de un libro de cuentos. Miguel Ángel, quien suele escribir sus cuentos pensando en la posibilidad de darles forma de cortometrajes, no solo se confiesa amante de Chejov, Sábato, Borges, Cortázar, Arguedas, Carver y Salinger, sino también de los cineastas Buster Keaton, Mankiewicz, Peckinpah, Scola y Yasujiro Ozu. Desde aquí abogamos porque los rodajes le den tiempo a la pluma.

Menciones Honrosas

Como es costumbre, el jurado del Cuento de las Mil Palabras elige a toda una hornada de menciones honrosas: algunos nombres conocidos, otros recién saliendo a la luz. Este año han sido elegidas historias enviadas por los siguientes entusiastas de la literatura: Elsa Vértiz, quien a principios de año debutó con su novela “En la Orilla Oscura” y ahora, en la misma línea tenebrosa, participó con “La Mirada Oculta”; Renato Pita, con “La del Viejo que Tiene un Nuevo Pregón”; Manuel Cornejo, con “Día de Caza”; Jorge Harten, con “Pequeño Demonio”; Carlos Luque, con “El Cuento de las Mil Palabras”; y Augusto Effio, quien, con sus seudónimos Arpad Niklaus y Barton Fink, ha obtenido doble mención honrosa por sus cuentos “Vírgenes” y “Casa & Campo”.

ganó, fue en el concurso “La Carta de Amor”. Ahora, consultor en comunicaciones y profesor en la Facultad de Comunicaciones de la Universidad Católica, Giancarlo reconoce que ya no suda la camiseta tras un balón, pero que deposita el mismo esfuerzo en la cancha de las letras. Hinch a la vez del Sporting Cristal, el Borussia Dortmund, el Liverpool y el Barça, Giancarlo está convencido de que la cancha de fútbol es la arena del coliseo contemporáneo: el lugar donde todas las rencillas se arreglan.

¡PELIGRO!: ESCRITOR AL VOLANTE

Cuando Santiago Merino escribió la carta que remitiría a CARETAS junto con su cuento “Una Cita Importante”, estaba tan nervioso que cambió por error su segundo apellido (Acevedo) por el de su espo-



FOTO: JAVIER ZAPATA

Al volante, Santiago Merino, 57 años, encarnando al protagonista de su cuento.

sa (Alegría). Quizá, al tratarse de materias librescas, se le vino a la mente el célebre tío de su mujer: Ciro Alegría. “He salido a la literatura por derecho de pernada”, dice don Santiago, cuyo cuento llegó desde Trujillo bajo el seudónimo de “Elio Luna”. Esta vez, a diferencia de su cuento “Al Otro Lado de la Puerta”, que en anterior oportunidad recibió mención honrosa en este mismo concurso, don Santiago ha recibido la venia del jurado haciéndose acreedor del tercer puesto. Ahora, el autor, quien el año 2000 publicó “Los Otros Ojos del Mar” con la editorial Milla Bartres y desde que es cesante escribe incesantemente, prepara su novela “La Vieja Pasión del Viento”, una historia sobre las luchas sindicales. Todos esperamos que no sean sus historias las que hagan huelga (M. De Paz).

Uro en París

Por: MIGUEL ÁNGEL TORRES VITOLAS

M tiene el ticket pequeño, de ese color morado casi sucio, del metro de París, y lo dobla y lo pasa entre sus dedos. El metro avanza lentamente en dirección de *La Defense* y M todavía no sabe exactamente qué decir, sino mirar el ticket dando vueltas entre sus dedos, mirar al frente y a los lados. Julián está sentado frente a él, con una

mochila negra inmensa entre las piernas, en silencio, y una sonrisa detenida en la cara. La madre de M le pidió que lo aloje por unos días en París. Luego Julián se iba a Bordeaux. “Julián, el señor que conocimos cuando estuvimos en Puno, en la casa de tu tía”, había dicho ella, y él aceptó sin pensarlo, sin recordar siquiera bien ese viaje a Puno, hacía ya tantos años.

—Me acuerdo de los sapitos —dice por fin M—. Cuando estuve de niño allá en Puno, con mis padres. No sé si se acuerda —el otro lo mira. La cara oscura, algo envejecida, los dientes terriblemente amarillos e inmensos—. Debía tener yo diez años. Me acuerdo cómo llovía. En Lima no llueve, así que eso es lo que me sorprendió más entonces. Y entonces aparecían esos sapitos. Eran así, pequeños, marrones y estaban por todos los lados de la casa, por los charcos.

El otro sonríe y asiente. M recuerda también que aquello más que casa era una choza de adobe y que no pudo ver televisión cuando estuvo ahí. Una choza en Puno, en el campo mismo y muy cerca del Titicaca. Hacía de eso ya dema-

El Cuento de las 1,000 Palabras

siados años. Una vida y el Perú entero que se le confundían. M volvió a pensar en qué más podía decir. Recordaba esa lluvia fuerte que se convertía en grani-zo y castigaba los techos de calamina; que con su padre y sus hermanos se atrevieron a meterse al Titicaca y que el agua estaba helada. Luego las cosas eran más confusas, recordaba haber montado en burro, que una tarde se apareció en la casa este mismo Julián con una cabeza de cordero para regalarles y que esa noche tomó sopa de cabeza de cordero a la luz de una

lámpara de kerosene. Miró nuevamente a Julián. Apenas parecía haber envejecido y continuaba siendo ese hombre duro y alto, de cara ennegrecida por el sol y pelo tupido y negro, que en esa época, como muchos otros, se ganaba en parte la vida vistiéndose para los turistas y yendo a las islas flotantes de paja a vender souvenirs, dejarse llamar uros y tomarse fotos. Está por decirle que hace poco vio un documental en la televisión francesa sobre los uros y las islas flotantes en el Titicaca y cómo consiguió reco-

nocer algunas de las caras que vio ahí, solo que en lugar de los ponchos en colores y ojotas con que se les veía en el documental, él los recordaba con zapatillas viejas, jeans y casacas con el logo de Adidas. Pero no le dice nada. Le parece, antes de decir nada, que eso le puede molestar. El metro ha ascendido y esta vez avanza dejando ver la noche encendida de París. Julián voltea a mirar por las ventanas, todavía con la misma sonrisa.

—Ya vamos a bajar —le dice M—. De ahí tomamos el bus.

CUANDO han llegado al apartamento, M se hace a un lado y lo deja pasar.

—Deja ahí nomás tus maletas —le dice.

El departamento, de una sola pieza, es muy pequeño y se acomodan en él una computadora, un sofá cama cubierto de mantas, un librero y una mesita. M ha acomodado para Julián una colchoneta inflable al lado del *chauffage*, cerca de la única ventana, que da hacia la calle.

—Si te asomas por la ventana y miras a la izquierda, ves la torre Eiffel —le dice.

—Gracias —dice Julián.

Pero no se asoma por la ventana. Se sienta sobre la colchoneta de hule, mirando a la calle.

M acomoda en silencio las mantas que están en el clic-clac. De qué puede hablarle. Julián todavía estará ahí una semana y luego va hacia Bordeaux. ¿Qué puede hacer un uro en Bordeaux?, piensa. Igual, ¿qué podría hacer en París? Va a la computadora y trata de poner algo de música. Por una suerte de obligación trata de encontrar algo que no sean The Weakert-hans, Bob Dylan, The Supremes o The Band. Lo único que tiene en español son algunos boleros de Chavela Vargas. Los pone y enciende los pequeños parlantes que tiene conectados a la computadora. Cuando empieza a oírse “Paloma negra”, Julián voltea hacia él.

—Chávela Vargas —dice, sonriendo feliz, haciendo que sí con la cabeza—. Venga, vamos a sentarnos a oír a la Chavela —le dice, haciéndole espacio en la colchoneta—. Tengo un pisco en la maleta.

M se sienta a su lado. Por la ventana aparece todo París oscurecido, con sus luces encendidas y sus carros.

